

BARRY BUZAN

**INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS: TECNOLOGÍA
MILITAR Y RELACIONES INTERNACIONALES**

CONCEPTOS ESTRATÉGICOS. UNA VISIÓN PERSONAL

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

BUZAN, Barry. An Introduction to Strategic Studies: Military Technology and International Relations (1987). Publicado por THE MACMILLAN PRESS LTD. Edición en español, Introducción a los Estudios Estratégicos: Tecnología Militar y Relaciones Internacionales. Ediciones Ejército.

Barry Buzan es profesor de Estudios Internacionales en la Universidad de Westminster, y jefe de proyectos del Instituto de Investigación para la Paz de Copenhage. Ha sido profesor de Estudios Internacionales en la Universidad de Warwick y miembro investigador en el Instituto de Relaciones Internacionales en la Universidad Británica de Columbia. Es autor o coautor de las siguientes obras: *Seabed Politics* (1976); *People States and Fear: the National Security Problem in International Relations* (1983); *South Asian Insecurity and the Great Powers* (1986); *The European Security Order Recast: Scenarios for the Post Cold War Era* (1990); *Neorealism to Structural Realism* (1992); *The Mind Map Book* (1993); y *Identity, Migration, and the New Security Agenda in Europe* (1993).

El objeto de la obra es exponer los conceptos básicos de los Estudios Estratégicos como ciencia que trata de los conflictos y que a su vez es

parte vital de una disciplina superior, las Relaciones Internacionales. Para Barry Buzan, resulta difícil delimitar los Estudios Estratégicos de las Relaciones Internacionales por sus connotaciones e implicaciones en ese área superior. Los conceptos fundamentales que contempla son: carrera de armamentos, proliferación nuclear, defensa, disuasión, control de armamentos y desarme. No incluye el autor otros conceptos relevantes como seguridad, guerra, paz, alianzas, terrorismo, y crisis que al apoyarse en la estructura política entrarían más en el ámbito de las Relaciones Internacionales, si bien, al tratar los anteriores se analizan con más o menos intensidad. Con ello se pone de manifiesto que una separación entre ambas disciplinas puede llegar a falsear el estudio, debido a la interdependencia que existe entre las citadas disciplinas.

El autor divide el libro en cuatro partes. En la primera analiza el papel de la tecnología militar, en la segunda nos introduce en la dinámica de los armamentos, en la tercera desarrolla la disuasión y en la última se detiene en los principales conceptos surgidos como respuesta a la tecnología nuclear.

En la primera parte, *tecnología militar y estrategia*, Barry Buzan comienza por exponer la relación que existe entre ellas. En tiempos pasados la evolución de la tecnología era muy lenta, por lo que los cambios apenas si tenían incidencia en la estrategia y las victorias militares. A partir de mediados del siglo XIX, con la Revolución Industrial se produce un continuo y rápido avance en el campo de la tecnología militar, que va a repercutir con «*continuas sacudidas*» en la estrategia militar. Como consecuencia de esa rapidez de avance, el autor considera que los conflictos futuros no tendrán mucho que ver con los presentes, por lo que la estrategia militar se va a ver envuelta en una permanente revisión.

Para Buzan, los aspectos sobre los que va incidir esa revolución tecnológica están íntimamente relacionados con el desarrollo de la tecnología del sector civil. El empleo de técnicas de doble uso en el campo de las comunicaciones, los móviles, o la inteligencia, resaltan el carácter unitario de la Revolución Industrial. Se puede así indicar, que toda sociedad industrializada mantiene también un potencial militar, gracias a los conocimientos, recursos materiales, humanos, y financieros, desarrollados. De ahí también, la dificultad de separar las aplicaciones civiles de la tecnología nuclear de su empleo para uso militar.

Resulta así apropiado unir la evolución del pensamiento estratégico con la evolución de la tecnología militar. Con la Revolución Francesa, comienza

la transformación de la guerra que con la movilización afecta a toda la nación. Los increíbles avances técnicos transforman el panorama estratégico y las doctrinas en vigor, impulsando a un primer plano los factores tecnológicos y modificando la concepción de la guerra. Así, con una increíble capacidad destructiva, los daños sufridos por los beligerantes harán inimaginable la concepción victoriosa de alguno de ellos. La guerra que ya no sirve a unos intereses económicos, va a destruir más riqueza que la que pueda arrebatarse al enemigo, su única justificación se encuentra en la misma garantía de la supervivencia nacional. En la II Guerra Mundial, los europeos confirmaron, aún sin el empleo del arma nuclear, la lección de la Gran Guerra que *«no sería posible una guerra entre las potencias europeas que no empobreciera física y políticamente a sus pueblos, llegando tal vez incluso a destruirlos»*. La aparición de la guerra atómica vino a ratificar la irracionalidad de la guerra, de manera que como dice el autor citando a Bernard Brodie:

«Hasta ahora el fin del estamento militar era ganar guerras, de ahora en adelante será evitarlas. Casi no existe otro fin útil»

El proceso de mejora tecnológica está relacionado con la difusión de esos conocimientos al nivel mundial. *«Difusión»* y *«mejora cualitativa»* son dos fenómenos que se realimentan mutuamente. Por un lado, la *difusión* impulsa la necesidad de mejora para intentar mantener la hegemonía militar, y por otro lado, la presión ejercida por los países compradores y la competencia de los productores, impide preservar por mucho tiempo esos avances tecnológicos.

Para Buzan, en el comercio de armas se establecen lazos entre la oferta y la demanda. Los intereses de la oferta, que representan los países productores, pueden ser políticos o económicos. Los países receptores demandan el derecho a esas tecnologías como garantía de su propia soberanía, lo que en definitiva establece lazos indisolubles entre comprador y vendedor y justifica la permanencia de ese comercio. No obstante, existen múltiples argumentos contra la difusión de esa tecnología: desproporción entre el gasto y las necesidades de seguridad; dominación de lo militar que puede llegar a asumir papeles al margen de los que le son propios; dependencia tecnológica de subordinación o incluso presiones e injerencia en los asuntos políticos internos del país receptor; imposición a esos países de una tecnología y organización que se adaptan más al productor que al comprador, provocando, eso sí, el temor y recelo en sus vecinos que lo consideran como una amenaza.

En la segunda parte, Buzan nos introduce en la dinámica de armamentos. Una de las manifestaciones de los avances de la tecnología militar es la *carrera de armamentos* que define, según el denominador común de distintos pensadores, como una manifestación de unas relaciones anormalmente intensas entre dos países, bien como consecuencia de una rivalidad política o por el temor al potencial militar del adversario, o ambas cosas a la vez. El problema que se le plantea al autor es como distinguir entre lo que serían unas relaciones normales, con unos presupuestos defensivos equilibrados, destinados a reponer o actualizar el material obsoleto, o bien esas relaciones anormalmente intensas, que pueden llegar a derivar en una *carrera de armamentos*.

Para estudiar esa carrera y los procesos, tanto internos como externos, que la potencian, el autor recurre a tres modelos: el primero, es el tradicional de *acción y reacción*, el segundo, es el que él denomina modelo de *estructura nacional*, y el tercero, al que dedica un tratamiento diferenciado, lo designa como *imperativo tecnológico*.

En el modelo de *acción/reacción*, la carrera de armamentos la impulsan factores externos. Los Estados refuerzan sus potenciales militares cuando se sienten amenazados o para alcanzar determinados objetivos políticos que requieren el uso de la fuerza. El rearme puede llevar a otros países a sentirse intimidados, lo que realimenta el proceso. Para el autor, el fenómeno también trabaja de manera inversa, cuando un país reduce su capacidad bélica puede inducir en los vecinos acciones similares. El problema puede venir de la confusión de seguridad con poder, y del equivoco de las apreciaciones, pues una acción encaminada a la autodefensa puede ser interpretada por el posible adversario, como un intento de modificar el «*statu quo*».

En el modelo de *estructura nacional*, que complementa al anterior, la carrera de armamentos la mueven factores internos. Sus defensores señalan que la dinámica de armamentos se ha institucionalizado, impulsada por las propias necesidades nacionales. Barry Buzan analiza el caso americano y llega a la conclusión que la institucionalización de la investigación y el desarrollo militar (I+D), tienen una importancia definitiva en el modelo de la *estructura nacional*. La necesidad de las superpotencias de mantenerse en vanguardia, obliga a crear y fomentar un sistema de I+D en permanencia. Paradójicamente, estos sistemas aumentan el nivel de gasto y complejidad al elevar al avance tecnológico, que a su vez convierte pronto en obsoletas las armas actuales, convirtiendo la dinámica de armamentos en un proceso de anticipación, continuo y realimentado. Este proceso goza

del respaldo de los gobiernos que apoyan a las industrias de defensa, lo que obliga a conservar las instalaciones y la capacidad de unos obreros especializados. Según Buzan:

«La existencia de una antigua rivalidad justifica la necesidad de mantener una I+D así como una capacidad de producción militar sustancial. El mantenimiento de esta capacidad requiere una producción de armas continua y un proceso institucionalizado de innovación tecnológica fomentada por el estado»

El tercer modelo, el *imperativo tecnológico*, es consecuencia de la revolución tecnológica. Este modelo, trata de diferenciar la evolución cualitativa de la técnica como un factor independiente de la dinámica de armamentos, que no se manifiesta plenamente en ninguno de los otros dos: *acción/reacción* y *estructura nacional*. Se trataría de distinguir lo que supone el ritmo normal de avance tecnológico, del establecimiento de una carrera cualitativa específica que a modo de desafío, destinase importantes recursos extraordinarios en la investigación y desarrollo de aspectos exclusivamente militares.

En la tercera parte, el autor desarrolla el concepto de la *disuasión*. Para explicarlo, comienza analizando la relación entre ésta y la *defensa*. En la definición de *disuasión*, el autor, se apoya en la distinción que hay entre las estrategias militares de la *represalia* y la *negación*. La primera, supone la aplicación de un escarnio al adversario en caso de agresión. La segunda, representa una resistencia directa al ataque sobre nuestros territorios o áreas de control. La aplicación de este concepto supone el empleo de medios y fuerzas para impedir el avance del enemigo.

Desde el punto de vista militar *negación* y *defensa* son conceptos similares. Para aquellos analistas que identifican como alternativas la *disuasión* y la *defensa*, están asimilando el concepto de *disuasión* al ya definido de *represalia*. Esta equiparación de términos, es desde el punto de vista del autor, cuestionable, puesto que:

«La esencia de la disuasión radica en la creación de amenazas militares que impidan a los demás actores realizar acciones de agresión».

Según lo dicho, la *disuasión* pretende evitar el ataque antes que tenga lugar, luego no hay que limitar esa «*creación de amenazas militares*» sólo a *represalias*. La existencia de una amenaza militar fuerte conduce, de forma inexorable, a la capacidad de *represalia* y *negación*, así pues el concepto de disuasión abarca ambos aspectos.

La II Guerra Mundial con su gran destrucción, evidenciaba que la opción bélica había dejado de ser racional para alcanzar objetivos políticos, salvo el de la propia supervivencia nacional. Esa nueva situación, casaba con la capacidad que empezaban a tener las armas nucleares de ser un instrumento para evitar la guerra, en un nuevo campo de acción, su uso como amenaza. El objetivo de la estrategia de la disuasión, se sitúa así en impedir que el adversario aplique la fuerza en vez de tratar de repeler un ataque ya iniciado. Toda esta orientación conduce a que la estrategia nuclear tenga un marcado carácter político, pues se centra más en el nivel de decisión que en aquél donde se decide la suerte de la batalla. En la Unión Soviética, con los militares dominando la estrategia de la disuasión, nunca consiguieron diferenciar la prevención de la guerra de la preparación para el combate, lo que les llevó a no considerar la disuasión como un concepto estratégico independiente.

Buzan, siguiendo lo establecido por Gray, define tres etapas en la evolución de la disuasión: la *Primera Oleada*, la *Era Dorada*, y la *Tercera Oleada*. En la época de la *Primera Oleada*, EEUU, aunque no dispone de muchas cabezas, posee el monopolio nuclear, con el que puede amenazar con un enorme potencial destructor a la URSS y disuadirla de cualquier intento de agresión.

Al inicio de la *Edad Dorada*, los soviéticos, aún dentro de una manifiesta inferioridad, se hacen con armamento nuclear. Con el equilibrio surge la teoría de la disuasión. Inicialmente la teoría americana de la «*represalia masiva*», pretende paliar, empleando su superioridad nuclear, la ventaja soviética en fuerzas convencionales en Europa y Asia. El incremento posterior que experimenta la URSS en su potencial nuclear y la mejora cualitativa, en especial con la aparición de los ICBM, modifica las condiciones existentes, al tener la Unión Soviética capacidad de asestar un golpe en el mismo territorio americano. Esta situación que determina la vulnerabilidad de los dos actores, obliga a proteger las fuerzas nucleares mediante enterramientos de los misiles en silos blindados y a ocultarla en despliegues submarinos. De esta manera, ambas potencias disponen de fuerzas seguras para contraatacar después del primer asalto, con lo que garantizan una respuesta brutal que lleve a la *destrucción mutua asegurada* (MAD). Aceptada la MAD por ambos países, y ante las pérdidas devastadoras que incluso el que lance el primer ataque puede recibir, se abren posibilidades de cooperación en el control de armamentos.

No obstante, los compromisos americanos van más allá de su propio territorio al adquirir obligaciones con la seguridad de sus aliados. Surge así el

problema de la *disuasión extendida* que compromete el territorio de los EEUU por la defensa de Europa. Dado que ni europeos ni americanos podían permitirse el garantizar la seguridad del viejo continente mediante el aumento de fuerzas convencionales, se hacía necesario preservarla con el paraguas nuclear. Esta situación era fácil y poco comprometida cuando EEUU disponía del monopolio nuclear. Al alcanzarse la paridad atómica y establecerse la lógica MAD, la situación podía llegar a romper la simetría que ha establecido esa filosofía. Al final, siempre quedaría la duda de si las grandes potencias se expondrían por lo que no son sus intereses vitales. Según Buzan, desde la aparición de la bipolaridad esta cuestión no se ha resuelto satisfactoriamente.

Aunque para algunos se trata de un «*factor de indecisión marginal*», para otros la situación es grave, y precisa de fuerzas y doctrinas adicionales. Para occidente no es admisible garantizar la seguridad incrementando las fuerzas convencionales sobre la base de la estrategia de la *negación*. Ésta se puede lograr más fácilmente y a menor coste mediante el empleo de armas nucleares tácticas. El resultado de ese debate condujo al concepto de «*respuesta flexible*», que ante un posible fallo de la disuasión, se apoya en la adopción de una serie de medidas convencionales y nucleares, con el objeto de evitar la agresión mediante la *negación*. En realidad se trataba de una medida ambigua que no se pronunciaba sobre la elección de los medios: nucleares o convencionales.

En la última época, la *Tercera Oleada*, la posición americana se fue apartando de la estrategia de la *represalia*, al tiempo que se acercaba a la disuasión mediante la *negación* por la amenaza del combate nuclear real. La lógica MAD continuó presente pero inmersa a su vez en estrategias de guerra nuclear limitada y para manifestar una posición de fuerza que disuadiera a los soviéticos de cualquier intento de ataque contra las fuerzas nucleares. Aunque tanto la doctrina americana y soviética habían sufrido una aproximación, las políticas relativas a la guerra nuclear limitada provocaron, el fracaso en las negociaciones de control de armas nucleares, arruinando las expectativas que en este sentido había levantado la lógica MAD. Otro aspecto característico, ha sido las mejoras tecnológicas que han favorecido la posibilidad de lanzar un primer ataque contra las fuerzas nucleares del adversario, lo que podría impedir su reacción con las fuerzas de represalia.

En estas circunstancias ¿cuál es el futuro de la disuasión?. Para Buzan, las nuevas tecnologías continuarán definiendo la estrategia a seguir, pero

si hay algo que va a modificar profundamente el panorama de la disuasión será la multipolaridad, que en un plazo relativamente corto, va a obligar a reconsiderar toda la estrategia nuclear.

En relación con el análisis de riesgos y posibilidades, Buzan analiza dos tipos de pensamientos: la escuela de la *sencillez* y la de la *dificultad*. El pensamiento de la escuela de la *sencillez* entiende que considerando los infinitos daños que el arma nuclear puede producir, no procede el análisis de los riesgos y posibilidades de su uso, por mínima que sea la posibilidad. Los seguidores de la escuela de la *dificultad* entienden que en los cálculos del agresor intervendrían no sólo el estudio de las ganancias y pérdidas sino también las posibilidades de que se produzca el ataque. De esta manera, aunque se asume que las pérdidas no van a compensar las ganancias, si la posibilidad del ataque es remota, se va a modificar la situación previa. Se puede sintetizar que los defensores de la *sencillez* basan su idea de la disuasión en la incertidumbre y su lógica es la *represalia*, mientras los que defienden la *dificultad* lo hacen en la casi certeza de respuesta, y su lógica es la *negación*.

En relación con la disuasión extendida, el autor considera que conseguida la MAD, entre dos países, si ambos tratan de ampliar los objetivos que queden al amparo de la disuasión, disminuye su credibilidad. Por ello y ante las dudas que se plantean, la mejor manera de garantizarla es mediante una capacidad de *negación* adecuada contra el disuadido. Ante todo es necesario aumentar la credibilidad de actuación, por lo que el disuasor deberá aportar nuevas medidas, en este caso, un amplio espectro nuclear que incremente la capacidad de intervenir. Todo lo anterior incluye a la disuasión extendida dentro de la esfera de la lógica de la *dificultad*, mediante el incremento de la credibilidad por el aumento de las posibilidades de la represalia.

Según Buzan, este proceso abre un amplio abanico de posibilidades lo que aumenta la credibilidad de un combate que en sus etapas inferiores incluiría el enfrentamiento convencional o la guerra nuclear limitada y que tendría como punto final y respaldando las etapas iniciales, el intercambio nuclear estratégico. De esta manera la disuasión extendida podría conducir a una escalada controlada.

Como ya se indicó, la lógica de la disuasión, se mueve desde la *sencillez* hasta la *dificultad*, de la misma manera, la política de la disuasión se puede establecer desde un mínimo a un máximo, hablando en términos de tipo y cantidad de fuerzas necesarias para su aplicación. La política de disuasión

mínima y *máxima* procederán respectivamente de la aplicación de la lógica de la *sencillez* y de la *dificultad*. La política de *disuasión mínima* se diferencia de la *máxima* en que, los adversarios no incrementan sus fuerzas nucleares para responder a los daños que la capacidad de destrucción asegurada del oponente puede infringir. Por otro lado, la política de disuasión máxima, no sólo procede de la lógica de infringir al enemigo un alto grado de daños, sino también, con un alto grado de probabilidad. Entre estas dos opciones existen todas las posturas intermedias que se quieran adoptar.

Ante la gran confusión que rodea la lógica de la disuasión, el concepto de la «disuasión existencial» ha aportado serenidad al debate, el autor cita a Jervis, para indicar que la disuasión existencial hace referencia al hecho que «*lo que hoy en día disuade es el temor que infunde el coste abrumador de tomar parte en un proceso de violencia a gran escala*».

En la cuarta parte, Barry Buzan analiza los medios militares como problema de seguridad. Tras la aparición del armamento nuclear estos medios han sido objeto de crítica por algunos al entender que crean más problemas de los que resuelven. En opinión del autor, el problema de los medios militares no puede afrontarse desde un punto de vista exclusivamente militar, como si se tratara de un problema independiente, pues mientras el sistema anárquico internacional continúe dividido en Estados soberanos e independientes, el poder seguirá siendo un factor determinante en sus relaciones, por lo que intervendrán los factores políticos.

Los países de la estructura internacional, celosos de su soberanía, impiden la formación de un gobierno mundial. Mientras continúe esa estructura, los Estados querrán seguir disponiendo de sus fuerzas armadas que les garantizan la seguridad en sus relaciones con otros Estados. Para el autor, no existen soluciones al problema de los medios militares, ya que éstos están determinados por estructuras políticas y tecnológicas fuertemente enraizadas.

La controversia que se plantea es si comenzar con los factores militares, o con los políticos, la disyuntiva no resulta fácil de resolver. Por un lado y en virtud de esa estructura internacional, algunos analistas sostienen que el problema de los medios militares es fundamentalmente político. Por otra parte, los que defienden que se trata de algo específicamente militar aducen que la carrera de armamentos genera temor entre los Estados, por lo que, mientras los arsenales se mantengan en niveles desproporcionados, no podrá establecerse una relación armónica, impidiendo la reconciliación política. Este doble razonamiento nos coloca en un callejón sin salida.

Afrontando el problema desde los factores militares, el autor analiza primero el *desarme*, para seguir con el *control de armamentos*, y la *defensa no provocativa*. Cada uno de esos factores militares los va a *estudiar* desde la lógica militar, económica y política.

El primero que examina, el desarme, lo estudia desde la lógica militar. La idea que subyace es que dado que las armas son las que crean el problema, lo mejor que podemos hacer es deshacernos de ellas. Para Barry Buzan, esta opción dispone de fuerte respaldo por diferentes motivos: el miedo que causa la guerra, el rechazo moral al empleo de la fuerza y sus instrumentos, la oposición a la militarización de la sociedad y el deseo por emplear el dinero invertido en esos recursos en fines de tipo social.

La lógica del desarme debe llegar a superar la dinámica de armamentos de la *estructura nacional*, pues en este sentido, el desarme no debe ir dirigido sólo sobre la medida «superficial» de la destrucción del material, sino también hacia la más profunda del desmantelamiento de las estructuras nacionales que institucionalizan esa dinámica. En cualquier caso, lo que no puede conseguir el desarme es librarnos del conocimiento y las tecnologías civiles, muchas de ellas de doble uso, de unas capacidades que posibilitan a los pueblos volver a armarse en un período relativamente corto de tiempo, por lo que sólo hemos conseguido retrasar el problema. Así pues la lógica del desarme hace agua en el aspecto del *imperativo tecnológico*.

En un mundo que no ha cambiado, las relaciones entre Estados, seguirán requiriendo del potencial militar para dirimir sus diferencias, sin esos medios, consecuencia del desarme, el equilibrio del poder quedará determinado, no por el potencial militar que es muy bajo o no existe, sino por el potencial de movilización. De esta manera el peligro militar, vendrá de tecnologías civiles capaces de ser utilizadas con fines militares, hemos pues, eliminado la amenaza inmediata, aunque no la guerra, a cambio hemos perdido los efectos de la disuasión.

El desarme analizado desde la lógica económica, se basa en que aquellos recursos que se destinan a fines militares pueden ser empleados para otras necesidades sociales. El análisis bajo la lógica política, resulta especialmente débil, pues para que sea posible, es necesario que la estructura anárquica internacional evolucione hacia relaciones más pacíficas, o bien en el sentido de favorecer la formación de un gobierno internacional.

El siguiente medio militar que analiza el autor es el control de armamentos. A diferencia del desarme, que avanza en sentido contrario a la dinámica armamentística, intenta dirigir esa dinámica para ponerle freno, y en vez de contradecir la lógica de la disuasión, trata de reducir las inestabilidades para facilitarla. Así, lo que intenta el control de armamentos es mantener el *statu quo* militar al nivel más bajo posible. Con el establecimiento de la estrategia de la *negación*, el apoyo político al control de armamentos desapareció, aunque como concepto continúe vigente. Según Buzan, el atractivo del control de armamentos se encuentra en que se sitúa por encima de las rivalidades políticas, además de permitir a los Estados mantener su potencial militar.

En relación con la lógica económica, el control de armamentos, al contrario que el desarme, apenas aporta beneficios. La lógica política es sin duda uno de los aspectos fuertes pues parte de admitir la situación creada por el sistema anárquico internacional, intentando trabajar desde dentro de las relaciones de los Estados soberanos. El control de armamentos que se inició de forma muy favorable, terminó en fracaso ante el error de relacionar la distensión con el control de armamentos. Como indica la filosofía soviética, el control de armas depende de la distensión y no al revés. Pero con esto volvemos al principio de la cuestión, al dilema de qué debe empezar primero. El control de armas al no resolver el círculo cerrado se bloqueó igual que le sucediera al desarme, aunque con la diferencia que en presencia de una situación de distensión la primera opción resultó positiva. Como inconvenientes, carece de atractivos políticos y no libera recursos económicos.

El tercer concepto para poner solución a los medios militares, es la *defensa no provocativa*, que trata de establecer la diferencia entre armas ofensivas y defensiva, pues son las primeras las que provocan el problema. La *defensa no provocativa* se sitúa entre el *control de armamentos*, al rechazar los medios militares ofensivos que este concepto acepta, y el *desarme*, al admitir los medios defensivos que ese otro concepto niega. Se podría interpretar como una «defensa defensiva». De esta forma, las capacidades militares quedan constreñidas al propio territorio y no suponen amenaza alguna.

Según la lógica militar, la base de la defensa no provocativa debe ser un conjunto de estrategias que involucren tanto a las fuerzas armadas como a la sociedad civil. Esta lógica actúa sobre el concepto de *acción/reacción* de la dinámica de armamentos, al disminuir el temor entre los potenciales

contendientes. En relación con la *estructura nacional*, la defensa no provocativa no aboga por su eliminación sino por su transformación, pues los Estados seguirán necesitando armamentos y fuerzas armadas. Tampoco intenta resistirse al *imperativo tecnológico*, como hace el desarme, sino reconducirlo hacia sus propios intereses tratando de mejorar la capacidad de su fuerza defensiva. Entre los inconvenientes hay que mencionar que en caso de fracaso, todo el daño que produzca el conflicto lo será en propio territorio, lo que podría atraer a un potencial enemigo con alta motivación, al tiempo que se disminuyen las opciones en la defensa. Además, las grandes potencias quedan aisladas en su participación y apoyo al orden internacional.

En lo económico, no hay ventaja alguna puesto que una defensa eficaz origina un gasto importante. Como en los otros casos, la lógica política está muy unida a la lógica militar, si bien, su relación no provoca tantas contradicciones; además, de los tres enfoques, la defensa no provocativa es el que tiene más posibilidades de romper con el dilema de si empezar primero por los factores políticos o por los militares. Este sistema comienza con los factores militares, sin asumir riesgos excesivos ni necesitar de una distensión previa. aunque requiere la existencia de un Estado estable y unido.